

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id
La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en
Paris, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre
La correspondencia al Administrador

POR CARTAGENA...

Sigamos recordando *pequeñeces* á nuestro Alcalde, pues como éstas creemos interesan más al pueblo que los trascendentales problemas políticos á resolver por el Bloque y que les ocupa todo el tiempo y el público juzgue y vea la política que usando y abusando del nombre de Cartagena hace ese conglomerado.

Uno de tantos ofrecimientos hechos por nuestros concejales bloqueistas fué el gestionar el establecimiento de la Escuela Naval y la de Infantería de Marina en esta capital de Apostadero.

No se limitaron nuestros regeneradores á hacer el ofrecimiento, llegaron á nombrar una comisión gestora, y francamente nadie sabe las gestiones hechas hasta hoy, pero nos atreveríamos á asegurar que ningunas hicieron pues ya vamos creyendo que todo el afán de mejora y regeneración que tenían los señores del margen por Cartagena terminó en el instante en que llegaron arriba á mangonear la cosa pública, escalando los puestos más altos en los que están dando prueba plena y constante de su ineptitud y de los que caerán sino emprenden otra marcha entre la rechifla general.

Nosotros trasladaremos á nuestro Ayuntamiento la noticia que seguramente no conoce de que el Excmo. Sr. Comandante General del Apostadero en Cádiz, ha pedido oficialmente al Sr. Alcalde de San Fernando, local para la instalación de la Escuela Naval en aquella ciudad el día en que se acuerde su re-apertura.

Creemos, pues, que esa comisión puede gestionar otro asunto, pues ese *aviso* ya le fracasó al Bloque, á no ser que éste tenga ramificaciones en San Fernando.

Pero como nosotros no queremos otra cosa que el bien de Cartagena, hágalo quien lo haga, le apuntaremos otra idea al Bloque.

La Escuela Naval no se conseguirá traer á Cartagena por muchas razones que no hemos ahora de enumerar, pero la antigua Escuela de Aplicación que aquí tuvimos en el crucero «Lepanto» y últimamente

en la Intendencia eso sí sería más fácil hacerlo aquí, entre otras razones por el precedente que ya existe y porque Cartagena reúne condiciones para que aquí esté como estuvo y que fué una gran fuente de ingresos para el comercio.

Damos por descontado el que no se nos hará el menor caso, pero nos queda la satisfacción siempre de laborar por Cartagena sin alharacas ni desplantes pidiendo cosas factibles y que le reporten más utilidad que el encumbrar hombres sin merecimientos que no debieron salir nunca del montón anónimo á donde volverán muy pronto para no salir de él jamás.

La huelga de Barcelona

Madrid 15 á las 8
Según noticias oficiales de la Capital Catalana toma caracteres graves la huelga de los metalúrgicos. No se trabaja en la mayor parte de los talleres y el número de obreros que huelgan se aproxima á 8.000.

Su actitud hasta hora es pacífica, pero se teme que influyan y logren el paro en los talleres del ferrocarril.

Los huelguistas reclaman jornada de nueve horas, aumento en un 50 % de los jornales extraordinarios y doble aumento en los días festivos.

Se someterá la reclamación con asentimiento de los patronos á un Consejo de Conciliación.

¡Redención! ¡Redención!...

¡Redención! ¡Redención!... Este era el grito de los coterráneos de esta levantina ciudad, cuya administración municipal estaba «morada á fuerza... de los golpes» recibidos de tantos y tantos politiquillos y politicastroos liberales y conservadores que la habían «usufructuado».

Y ante el alular de las multitudes, surgió piadoso un *super cartagenero* el *Pope Vasóni* que se ofreció á redimir las, á cuyo efecto, en diferentes *mitings* les expuso el programa salvador...

Para ello, había que votar concejales, de la tierra, cartageneros verdad y entonces el *Pope* ayudado por sus compañeros haría labor administrativa

va pura, diáfana, transparente, diciéndole á pleno sol desde el balcón central del mármolico palacio, propiedad del pueblo, aquello que descubriese, en su labor de inspección de la que no se libraría ni la última covachuela, de la última oficina municipal.

Se desataría hasta el último baldique del último expediente y se abriría todo por el pueblo. Y cuando se descubriesen irregularidades, que seguramente se descubrirían, entonces se mandarían á la barra ó al cementerio á los culpables.

Lo primero de todo sería se arqueo de la caja municipal. Después de destituiría á algún secretario de los que formaban el *tute*; se decretarían cesantías de fontaneros, inspectores etc.; se rescindiría el pernicioso contrato del alcantarillado, y además se haría todo aquello que la ciudad mereciera...

Ciertamente que el programa descrito por el *Pope Vasóni* que tanto debía á la «Levantina»... ciudad, resultaba tentador (aunque pareciese atentador) y por esto fué acogido con gran regocijo por todo el pueblo, que creyó de veras que llegaba la hora de su redención...

Solo algunos trabajadores de las obras del alcantarillado — que formaban en el público que escuchó el programa — sibilaron, medrosos.

¿Y si paran las obras de alcantarillado, nos despedirán á los que tra bajamos?

Y uno de ellos, más arrestado que los demás se atrevió á inquirir, enérgico, del más inmediato del grupo *aplaudidor* del programa.

Oiga Vd. ¿Y no podrían esos *llos* arreglar las cosas, sin parar las obras, y sin quitarnos el pan?...

No, contestó el interperado. Nuestro *Pope* tiene que hacer administración verdad, y además que la cosa esa que ét dice, va contra él... ambicioso del contratista á quien le *re... eso* el contrato...

El cumplimiento del programa le sumó voluntades al *Pope* á quien el Estado quiso ofrecer — temiéndolo — su apoyo oficial para que fuese diputado á Cortes.

Pero esta oferta fué dignamente rechazada por el *super cartagenero* que había alzado su icóno por la libertad y por Cartagena.

Después de una encarnizada lucha venció el *Pope Vasóni* en la elección y lo único que pudo obtener de él su desairado jefe, fué la promesa de que aunque no era diputado encasillado ni adict, callaría como si lo fuera (excepto en las votaciones) igual ni

más ni menos que sus antecesores y coetáneos compañeros de diputación. Así quedó prometido, y así se cumplió ciertamente la consigna, por *Vasóni* que por su disciplina parece adicto...

Lo malo es, que las promesas, que se hicieron al pueblo no se han cumplido. Ni se cumplirán que es lo más triste. Y la redención que se aguardaba por todos pasará á ser una leyenda más...

Porque el redentor *Vasóni* sólo aspiraba al acta, y los latiguillos mitinescos, los escándalos municipales y otros tantos efectismos, no han sido más que para reunir sumandos que luego habían de contribuir á hacer *puero*... electoral y del otro.

¡Pícaros garbanzos!!
¡¡Pobre Cartagena!!

Un irredento.

Noche en los Alpes

En la noche purísima fulgura el cielo lleno de brillantes, y entre velos nevados ondulados, como el mar, cumbres gigantes.

Roncos abajo quiebranse los torrentes en flecos espumosos; muy lejos, por los aires, suenan del pueblo toques misteriosos.

¡Dulce éxtasis del alma!
¡Había la luz y mece la armonía.
Libre halla el pensamiento entre cielos y tierra excelsa vía.

Las fieras aguas mugen: —Somos la fuerza que triunfal abate.
Si vencer quieres, miranos: se encumbra solo quien con te combate.

Mas las campanas dicen: —No más miseria ya, ni mudanzas.
¿Qué vale una victoria?
¡Amor, piedad y dulces esperanzas!

El alma conmovida entre el placer escucha y el tormento, y el hado oscuro ignora...
¡cómo brilla infinito el firmamento!

FRANCISCO DIAZ PLAZA.

Virutas

Un guarda-jurado, ha presentado una denuncia contra D. Isidoro Calin, por haber cometido este su sioaco, á la cañería de Minas y Cañada.

¡Desdichado!
¡Quién, D. Isidoro?
No; el guarda.
Que quedará cesante.

Nos escriben de Aguilas, que hicieron un recibimiento *opiparo*, á nuestro joven Diputado.

Pero que el mitin proyectado se suspendió, porque los republicanos iban á *patearlo*.

Con razón habrá dicho nuestro Diputado: ¡No hay peor cucha...!

Se preparan reformas importantes en el local donde radican los Juzgados.

Porque se ha puesto de moda, que los Abogados, informantes en un juicio, vayan acompañados de sus partidarios políticos.

Y si van, como á la merienda popular, se reúnen 24,745 personas.
Y nos parece poco un juicio.
Para tanta gente.

¿Se permitirá el pobluquito hacer manifestaciones ruinosas?
Y si las hacen ¿las reprimirán los encargados de administrar justicia?
¿O temerán darse por fracasados?
Causa nuestro buen Alcalde.

D. A. A. Carrión, sostiene que los concursantes á la provisión de una plaza de agente ejecutivo, han fallado al concurso, ofreciendo más fianza que la que se pedían.

Y dudó si constituía el hecho, desecato á su Autoridad.

Y si meter en la Cárcel á esos descarados. Duco con ellos y que aprendan la legislación de contratos.
Que está poniendo como *nueva* su Señoría.

Sr. Alcalde: Protestamos energicamente de lo que sucede en el Ayuntamiento. Ayer *patearon* vergonzosamente, al señor Rosique.

Y no es eso á lo que estamos acostumbrados. O se patea en firme, como antes, ó no vamos más á las sesiones.

Porque así no nos divertimos. Y esa falta de fuerza para *patear*, nos aflige.

¿Es que el bloque se debilita?
Pues que se *merleme* á varios guardias municipales más.
Y recobrará las fuerzas.

Amigo D. Manuel: Nosotros le queremos. Y vemos con dolor, que abusa V. del fisco.

Y que durante tres horas seguidas, nos coloca al Alcubilla, con pelos y señales. Y eso en todas las sesiones del Ayuntamiento.

¡Comprínase, Manolo, comprínase!

Y no hable más de su tiempo de Alcalde Interino. Porque parece que le gustó demasiado la interinidad.

Y que está deseando volver á serlo, en propiedad. Y la impaciencia es lógica. Pero ¡dámule, hombre, dímule!

GARLOPA.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

¡Justicia, señor, justicia!

Nuestra primera Autoridad municipal, en uso de su perfecto derecho, ha dejado cesante al Guardia municipal Aurelio Sánchez Vera.

¿Por qué? Por no reunir condiciones. Por ser sobrino del Sr. Balibrea. Según dice «La Tierra».

En uso de su perfectísimo derecho, esta misma Autoridad, nombró celador de San Antón, con residencia en Cartagena, á Ascencio Carrión Gracia.

¿Por qué? Por no reunir condiciones (es sojo) y por ser conñado de D. A. A. Carrión. Según dijo EL ECO DE CARTAGENA.

No discutimos el derecho del Alcalde para hacer y deshacer *notablemente* caprichosamente.

Pero si echamos de menos el tocológico grifo, que sirve de epigrafe á estas líneas. Y también echamos de menos otra cosa. El *padre*.

Etc.—16

Carta de ultra-tumba

Sr. D. Francisco Gónesa Balanza

Distinguido sucesor: Tuve el otro día la mala idea de levantarme de esta losa donde descanso *per in eternum* y llegar hasta la casa del capellán de esta santa morada, que con tantos trabajos y esfuerzos conseguí poner en marcha. Es lo cierto, que entre los papeles, que sobre la mesa tenía el capellán, tropecé con un número de EL ECO DE CARTAGENA, correspondiente al 12 del corriente mes y año, y de su lectura quedé alfonío.

Yo pensé que al hacer, en unión de mis antiguos compañeros de Junta, el Reglamento aun vigente, mis sucesores le cumplirían, con lo cual se sustraerían de la maledicencia pública; pero vamos, estos consejos que también le hubieran venido al encargarse de esta Presidencia, comprendo que ahora es perder el tiempo porque resultan *fiambres*.

Lo que no cabe en mi cabeza, digo en mi calavera, es que de una manera ó de otra, no se apremie á dar á la opinión lo que es suyo, esto es, el derecho á conocer estas cuentas, lo cual en V. es un deber.

Yo sé que por la bondad en V. tan característica habrá dirigido esa administración de una manera paternal, vamos como si fuera cosa que á usted perteneciera, al igual que ha hecho y hace en todo aquello que de adminis-

pezaba la vía submarina se había establecido un ancho pontón de madera y betún que penetraba en el mar siguiendo un plano inclinado. Más tarde se instalaría un embarcadero definitivo conforme á una disposición ideada por Ned, y que debía permitir embarcar y desembarcar las mercancías tan fácilmente como en los paquebotes ordinarios.

En la parte exterior del tren submarino sólo se veía un tajamar en forma de espólon y dos enormes vidrios cóncavos, detrás de los cuales debían encenderse potentes fanales. Lateralmente había algunos depósitos de aire comprimido que permitían salir para colocar torpedos en el caso de que obstruyese la vía algún obstáculo.

La forma general del tren era la de un cilindro aplastado en su base y terminado en punta por los extremos.

Al ver la afilada lámina de la cabeza, hubiérasele tomado por un gigantesco narval.

Mientras que bajo las órdenes de Ned ponían el tren sobre el pontón, una cuadrilla de obreros y varias locomotoras, monsieur Golbert y Olivier Coronat seguían atentamente la operación.

Era preciso obrar con precaución.

Pero Ned era perito en esta clase de trabajos. El coloso de acero quedó fijado en los cables metálicos de dos potentes grúas eléctricas que de-

—Sí—respondió Ned, después de haber consultado el manómetro eléctrico.—Voy á encender los reflectores.

Hizo girar la aguja móvil de una esfera, é inmediatamente el tren submarino se vió envuelto en una atmósfera de luz deslumbradora.

A través de los tragaluces de cristal, los haces eléctricos herían el agua produciendo en lo alto de las olas como una especie de fosforescencia.

Era la señal convenida para el descenso. Inmediatamente se deslizaron silenciosamente los enormes cables metálicos.

Acercóse el agua, y no tardó en eubrir el gigantesco pez de acero en que se lanzaban tres hombres á la conquista del Atlántico.

El descenso se efectuaba lentamente á lo largo del plano inclinado.

Los reflectores iluminaban las aguas en un radio de más de cincuenta metros.

El fondo del Océano apareció con un tinte azulado, sembrado acá y allá de los mariscos que habían sobrevivido á los estragos de la dinamita.

Casi inmediatamente se dejó sentir un débil choque.

Desengancháronse los ganchos de los cables eléctricos.

La locomotora descansaba sobre los rieles de

Para no procurarles motivos inútiles de alarma, Olivier Coronat, al día siguiente por la mañana, no habló á sus amigos de la extinción súbita de los faros.

Limitóse, en su visita matinal á los trabajos, á preguntar al electricista el motivo de ello.

Este se hallaba hacia poco al servicio de los ingenieros.

Era un mocetón rojo que se hacía pasar por francés y que había explicado su acento yanqui diciendo que había salido de Francia muy joven.